

GRADUARSE EN EL SIGLO XXI

La decisión de emprender una carrera terciaria o universitaria siempre implica un gran desafío y una vez emprendido el camino, hay que tener el temple necesario para seguir adelante y llegar al deseado título. Un grupo de graduados y graduadas del siglo XXI, nos cuentan sus experiencias como estudiantes de distintas carreras. Todos coinciden en que el esfuerzo valió la pena, no sólo por haber terminado sus estudios sino también por su crecimiento como personas.

Leila Torres

Nació en Buenos Aires en 1996.
Es librera en Feria del Libro
El Aleph y está finalizando la
licenciatura en Comunicación
Social en UBA.

Las trayectorias educativas significan más que el simple paso por una institución académica, implican todo lo que un trayecto supone: desplazamientos, momentos de disfrute y otros de desánimo, esfuerzo, miedos y la esperanza de un futuro mejor. El contexto social junto con la historia individual, configuran inexorablemente la vida de los estudiantes.

Según datos arrojados por la Secretaría de Políticas Universitarias de la Nación (SPU), en el curso del 2019-2020, el sistema universitario argentino cuenta con 2.343.587 estudiantes que cursan en las 11.245 carreras de pregrado, grado y posgrado. Estas se dictan en las 131 universidades públicas y privadas. Desde el 2010, la cifra muestra que la matrícula de pregrado y grado creció un 27,3%. Además, este número se vio acompañado de una mejora en los niveles de graduación, la cual aumentó un 36,7%.

Un antes y un después

“No vengo de una familia donde abundan los libros, ni de gente que le interese lo intelectual”, cuenta Daniel Fontana, licenciado en Comunicación Social y egresado del profesorado, durante el 2021; sin embargo, sus papás apoyaban su carrera, dándole importancia a la zona geográfica. Vivían en CABA, cerca del Ministerio de Trabajo.



- Las trayectorias educativas significan más que el simple paso por una institución académica, implican todo lo que un trayecto supone: desplazamientos, momentos de disfrute y otros de desánimo, esfuerzo, miedos y la esperanza de un futuro mejor.

“Aprovechá que acá tenés todo cerca”, le decían. Daniel siguió este consejo y su vida universitaria se entrelazó con salidas al cine, recorridos por museos y eventos culturales.

Así fue hasta el 2001. “¿Viste que todos decimos que la pandemia fue un antes y un después? Para mí eso también fue el 2001”, señala. Le quedaban pocas materias que cursar para terminar la orientación en publicidad, cuando tuvo que irse a vivir a Neuquén, y aunque no se dedicó profesionalmente a eso, puso en juego las herramientas. “En Neuquén trabajé en una escuela rural. Tenía alumnos que eran analfabetos, muchos tenían grandes dificultades. Yo los ayudaba a trabajar en proyectos relacionados con marketing, a cómo diseñar un plan publicitario”, relata.

“Más allá de mi interés por las ciencias sociales, para mí fue un desafío terminar algo, de lo que me faltaba muy poco”, cuenta sobre la decisión de retomar sus estudios al regresar a Buenos Aires. Daniel se instaló en Martín Coronado y comenzó a dar clases en un instituto de gestión social. Luego de la licenciatura, decidió inscribirse en el profesorado. “Lo fui haciendo de a poquito. Estoy lejos, a 20 kilómetros de la capital”. La cursada le demandaba cuatro horas de viaje.

La pandemia de COVID 19, que azotó al mundo en 2020, implicó reconfigurar los espacios de encuentro universitario a una modalidad enteramente a distancia. Según un informe realizado para la agencia Télam, fueron muchos los graduados y graduadas durante la pandemia¹. “Vi la pandemia como una oportunidad”, cuenta Daniel. “No me quedé quieto”, dice riendo.

1- Télam (8-10-2020). “Universitarios de todo el país pudieron terminar sus estudios”.

Los docentes tuvieron que reinventarse para que la mayor cantidad de chicos y chicas posibles, pudiesen alcanzar la escolaridad. Y en el caso de Daniel, él estaba de los dos lados del mostrador. “Si bien el primer momento fue un cimbronazo, después pensé ¿Por qué no hacer yo también mi carrera virtual?”, reflexiona.

Mucho más que un hobby

Laila Panizzi siempre quiso ser actriz, pero cuando terminó el secundario no sabía que existían carreras artísticas gratuitas. Decidió estudiar Comunicación Social en la Universidad de Buenos Aires: “Si no iba a ser yo la entrevistada, quería ser yo quien entrevistara a los artistas”, pensó. El día que se enteró que su municipio ofrecía una carrera terciaria para ser actriz, se anotó con la ayuda de su mamá, docente de primaria. A primera vista, Laila creyó que se trataba de un taller pero una vez allí, descubrió que tenía que dedicarle mucho tiempo: requería ir de lunes a sábados, durante seis horas.

“Mis padres pensaban que era un hobby”, cuenta Panizzi. El discurso de que una carrera artística no valía la pena se había instalado en su casa. La prioridad estaba puesta en las notas académicas que ella obtuviera en la carrera universitaria. Pero en el Instituto de formación municipal Leopoldo Marechal de Ituzaingó, Panizzi estaba encantada. Para ella, la retroalimentación constante, el compañerismo y la confianza en la relación profesor-alumno contrastaba con el ámbito universitario, donde ella se sentía “un número más”.

El trayecto fue sinuoso. A las amenazas de sus padres por su elección, se agregaron dificultades económicas. “Los insumos que se requerían para Actuación solían ser caros. Cuando me quedé sin trabajo, tuve que recurrir a otros mal pagos para obtener una ganancia y comprar las cosas”, recuerda. Pero Laila siguió haciendo las dos carreras y trabajando, movilizada por su deseo.

En 2019 Laila se recibió como actriz con honores. Para ella, la experiencia en el terciario implicó abocarse de lleno en lo que la hacía feliz. “Me sinceré conmigo misma y con mi futuro”, afirma. Al tener las cosas claras, trabajar y estudiar no era una tortura sino un disfrute. Su tesis fue una obra de teatro: la presentó en ocho lugares diferentes y hoy trabaja en dos obras, en la calle Corrientes.

Cuando baja el telón, Laila sabe que el camino recorrido hasta ahora la fortaleció, la hizo sentir más valiente y agrega: “El título no me sirve mucho en lo laboral pero es el recordatorio de que no importa que tan complicado sea el panorama, si tengo confianza en mi elección, tengo que seguir hasta el final”.

Nuevos aprendizajes

Todos los sábados de madrugada, durante el 2009. Daniela Di Pietro, de Hurlingham, esperaba el tren para ir a cursar el Ciclo Básico Común, en Agronomía. Veía gente que volvía de bailar a la misma hora que ella salía para cursar, con su cuaderno en la mano. “Fue el primer golpe de decir: tengo una responsabilidad que es estudiar”, recuerda.

El primer acercamiento al ámbito universitario fue a partir de las charlas que organiza la Universidad de Morón. Elijió la exposición sobre turismo, pero mientras explicaban el plan de estudios y de qué se trataba, se paró y volvió a su casa. “Estaba totalmente perdida, no sabía qué hacer con mi vida. Creo que es algo que les pasa a muchos que están en esa transición”, reflexiona. Cuando su hermano, que se encontraba estudiando Kinesiología en la Facultad de Medicina de la UBA, le mostró el programa de la Licenciatura en Nutrición, Daniela sintió que encontró lo que tanto buscaba. Al otro día averiguó todos los requisitos y se anotó.

“Bienvenida, esto es sálvese quien pueda”, pensó después de la primera clase en el CBC. Para ella, la diferencia con los estudiantes que provenían de colegios como el Nacional de Buenos Aires o el Carlos Pellegrini, resultó abismal: “Respondían todo. Ya estaban repitiendo lo que para mí era totalmente nuevo”, recapitula; sólo se sentía cómoda en Matemáticas. Cuando al finalizar el año lectivo, recibió la noticia de que tenía que recursar Bioquímica, lloró mucho. “Demasiado”, insiste, y agrega: “Pensé en cambiarme a una privada pero me calmé y pagué una profesora particular. Era más accesible”.

La experiencia de Daniela se corresponde con muchas investigaciones realizadas sobre la experiencia universitaria, durante los primeros años. Ana María Ezcurra, Doctora en Estudios Latinoamericanos, Ciencias Políticas y Sociales (Universidad Nacional Autónoma de México), sostiene que algunos estudiantes encuentran muy difícil la adaptación a la vida universitaria. Una de las causas es que el acervo de capital cultural adquirido durante los últimos años escolares, no resulta suficiente o no es compatible con la vida universitaria². En muchos casos, este puede ser un motivo de deserción, como así también la lejanía entre la residencia de los estudiantes y la universidad. Para ir a la Facultad de Medicina de la UBA desde Hurlingham, hay que tomar tres transportes públicos, por lo menos cuatro horas de viaje en total, entre ir y volver. Al principio, Daniela estaba agotada pero las estrategias no tardaron en aparecer: “Mi lema era: si iba parada, iba estudiando. Si iba sentada, dormía”. Pronto la universidad se convirtió en su segunda casa: Daniela estaba allí desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche, en clase, en los pasillos o en algún café cercano.

2- Celada, L.C. (Julio-Diciembre de 2020). Acerca de las causas de deserción universitaria en Argentina a principios del siglo XXI, de las políticas implementadas y nuevas propuestas de retención y población estudiantil, vol N.25, pp 33-54.

Facundo Mouzo Williams destaca que “la universidad le abrió muchas puertas”. El recorrido le costó pero está feliz de haber realizado ese esfuerzo. Para él, lo más importante fueron los lazos que forjó.

“Mis papás siempre apoyaron el estudio sin importar lo que eligiera”, cuenta Daniela. Su papá es vendedor en el rubro de la gastronomía y su mamá fue profesora de inglés. Ella les agradece porque está segura que sin su apoyo durante los primeros años, le hubiera costado muchísimo.

Las experiencias universitarias atraviesan a las personas, las maneras de expresarse cambian. Daniela pensaba su vida en función de los años que iba a tardar en cursar la licenciatura. Hoy, a cinco años de haberse recibido como nutricionista, “agradece cada palo en la rueda”. “La vida universitaria te cambia como persona. Tenés otras posibilidades, otras capacidades y otras maneras de ver la vida”, concluye.

Facundo Mouzo Williams vive en Berazategui, tiene veintiséis años y en 2019 se recibió de licenciado en Administración de empresas, en la Universidad Nacional de Quilmes (UNQUI). La institución cambia pero los relatos coinciden. “Uno en el recorrido universitario se descubre a sí mismo. Aprendés a ser resolutivo, a afrontar el estrés, los nervios. Necesitás actitud, no desanimarte. Creer que vas a poder”, dice Facundo.

Todavía tiene muy presente sus primeros momentos en la vida universitaria, que fueron caóticos: “Las aulas de doscientos chicos encarando la vida desde cero. Y ninguno sabía qué hacer, buscando las aulas con la poca información que había. No sabíamos para dónde ir”, recuerda riendo.

Facundo destaca que “la universidad le abrió muchas puertas”. El recorrido le costó pero está feliz de haber realizado ese esfuerzo. Para él, lo más importante fueron los lazos que forjó. “He conocido personas hermosas que me llenaron de experiencias, de viajes. Tres compañeros míos del trabajo eran de la universidad y ahora estamos juntos”, dice. Facundo afirma que la experiencia universitaria lo hizo aprender sobre otras realidades y agrega: “Conocés personas que son de otras provincias y te marcan, te enseñan una parte de la vida que vos no viste. Al final, solo éramos jóvenes con ganas de conocer y educarnos, y fue lindo disfrutar ese camino”. ■